
CULTURA DE INFORMACIÓN, política y mundos posibles

Jesús Galindo Cáceres

Cultura de información, sociedad de información

*De la sociedad de información a la comunidad de comunicación:
la sociedad de comunicación*

Intentar comprender al mundo contemporáneo es una de las tareas más exquisitas imaginables: aparece tan complejo, hay tanta información disponible en apariencia, el planeta todo parece nuestra casa, como ciudadanos universales podemos aspirar al tope, vislumbrar lo que hay más allá. Las guías perceptivas que permiten y posibilitan esta aventura son variadas, múltiples, pero todas con límites. El arte, la religión y la magia son caminos conocidos y aún misteriosos. Tenemos otros, la ciencia, la reflexión constructiva, la hermeneútica. Y emergente entre todos ellos a la comunicación.

Así vista, la comunicación es una forma de percibir, de ser en conciencia, de vivir en sociedad, de moverse. No es sencillo sentir o pensar así, es algo por una parte generacional, espíritu de los tiempos, y por otro asunto de disciplina, de desaprender, de buscar alternativas a intencionalidades previas. En este sentido la comunicación también es una forma de ver, de comprender. Tiene sus propios principios de configuración, algunos tan distantes del sentido común como la holografía de la imagen bidimensional. Traer al presente al futuro es un reto, y sobre todo cuando se tiene un profundo respeto por el pasado. En este sentido, proponer categorías es un ejercicio antiguo, pero la acción reflexiva intenta llevar más lejos a la intención analítica.

El mundo social puede ser comprendido desde una perspectiva de comunicación. Una tipología posible de la pluralidad societal configura en cuatro tipos al universo sociologizable: comunidad de información

(mundo antiguo), sociedad de información (mundo histórico), sociedad de comunicación (desde la modernidad y hacia el siglo XXI) y comunidad de comunicación (un futuro posible). El presente se encuentra organizado en las formas de los cuatro tipos, sólo que el tipo sociedad de información es el central. Hay un tránsito conflictivo hacia la sociedad de comunicación que lleva dos siglos, y el horizonte de la comunidad de comunicación es aún utópico. La comunidad de información tiene fuertes estratos, pero es algo que tiene que ver más con el pasado que con el presente. Todo esto dicho en forma muy general y sintética.

El punto clave es el de la transición de una formación social centralizada, con alto monopolio del poder, masificada, hacia una sociedad plural, sin centro, con múltiples voluntades en diálogo, con una participación individual colectiva en los asuntos públicos. La forma vigente es la de la sociedad de información, la democracia supone a la sociedad de comunicación. Una es económica en decisiones y en la difusión de las guías de acción, la otra es costosa en los tiempos de acuerdo y en la organización de la participación. Digamos que ambas tienen cualidades para operar con éxito, pero requieren condiciones particulares para hacerlo. Por ejemplo, en la sociedad de información se requiere que sólo haya una voluntad que dirija y gobierne, y que las demás voluntades sean sumisas y obedientes. Por su parte, la sociedad de la comunicación supone que hay muchas voluntades con intención al diálogo y al acuerdo por intercambio de visiones. Es importante preguntarse aquí qué ocurre cuando ambos tipos son contemporáneos como sucede en el mundo de hoy.

La cultura de información

Cultura política, cultura de medios y la centralidad de la información

Imaginemos por un momento situaciones con un gran contenido de acción productiva, oficinas llenas de escritorios con computadoras, fábricas con cientos de obreros trabajando sin mirarse a los ojos, bancos con decenas de personas esperando turno en la zona de cajas, supermercados y tiendas con miles de productos en oferta. Todas ellas con imágenes del mundo nuestro, y todas ellas dependen de información adecuada, puntual, suficiente. Continuando con el ejercicio, ahora imaginemos nuestra vida cotidiana, la vida diaria de cualquier persona. Una buena parte de las situaciones en que está involucrada, es decir, todas las situaciones sociales, se relacionan en alguna forma con toma de decisiones propias o externas con información. Todo el mundo social puede ser vi-

sualizado como un entramado de información y la economía, la política, la educación, son sólo algunos de los sectores más afectados.

Es posible y conveniente percibir al mundo como organizado alrededor de la información. De inmediato surge la pregunta por las intensidades y los efectos. Hay lugares sociales con una enorme concentración de energía social, información, en tanto que otros tienen una baja intensidad en ese sentido. Los primeros tienen bajo su configuración a los segundos, es decir, los controlan, los dirigen, los condicionan, los dominan, tienen poder sobre ellos.

Visualizado así el asunto, la siguiente pregunta es sobre el tipo de información que en un momento dado o por más tiempo tiene un mayor valor estratégico o táctico; habría que definir dónde está, quién dispone de ella, para qué es usada, y sutilezas como si se trata sólo de ámbito privado o público, cuánto vale y quién paga por ella.

Es tan amplio el catálogo de los tipos de información que se requiere de una precisión inicial para su inventario. En principio pudiera considerarse en dos dimensiones, la que está disponible para el gran público: y la de uso restringido. De inmediato aparece la asociación de la información al poder, cuando cierto tipo de información sobre el comportamiento de un campo específico sólo es manejada por un sector del campo, eso les da poder sobre los demás sectores. Así, los dos tipos iniciales operan según el caso y siempre en relación estructural sistemática.

El punto entonces es la *cultura de información*, es decir, la forma habitual en la que los actores sociales se relacionan con sus necesidades informativas y la oferta. Hay culturas densas en ciertos sectores financieros, comerciales o políticos; se requiere saber todo sobre cierto tipo de información, aunque esos mismos sectores no tengan ningún interés sobre otros tipos. La cultura de información puede ser específica a un campo o sector, pero también puede ser amplia. Hay grupos poblacionales con mayor necesidad de un espectro amplio de información, frente a los especializados.

Por último está la relación entre la cultura de información y la cultura política. Hay un paquete de información que se relaciona con el interés público, que afecta en sus referencias y consecuencias implicadas a toda la población o a una mayoría significativa. La pregunta aquí es sobre el interés de esa población afectada en tener acceso a ese tipo de información. Ese interés más el manejo consecuente configura su cultura política asociada a su cultura de información. En forma complementaria habría que saber si esa información está disponible, si la población afectada tiene acceso a ella, de qué tipo. Y por supuesto conocer qué sucede entonces. Una alta cultura política fincada en una alta cultura de infor-

mación configura poblaciones más enteradas y participantes, pero en escenarios sociales distintos.

Información y organización social

Poder y estrategia

Derecho a la información y poder hacer/poder ser

La acción social eficiente requiere de información para el cumplimiento de planes, previsiones, y también para responder a imprevistos, crisis, emergencias. Tener referentes ordenados sobre el medio en el que actúa eleva las probabilidades de éxito en lo que se emprenda. De ahí que todos los puntos neurálgicos claves de la organización social estén configurados en su capacidad para captar, procesar y dirigir flujos de información. En concreto, quien tiene la información pertinente obtiene lo que desea, lo que se propone, por tanto la competencia en el manejo de información es vital para nuestra vida social individual y colectiva.

Configurar al mundo social desde la perspectiva de la información es fascinante. Es percibir toda situación mediada por referentes informativos, es concebir todo movimiento y sentido según configuraciones simples y complejas de información. Teniendo la perspectiva lo que sigue es la discriminación y la criba. No toda la información tiene el mismo ámbito de efecto, ni toda tiene la misma intensidad. Tampoco tienen los diversos tipos la misma duración e importancia relativa, o la misma presencia cotidiana. Estas y otras dimensiones son necesarias para comprender el mundo social como configuración informacional.

Toda información está configurada, es decir, interviene una intencionalidad para su confección y su sentido. En nuestro medio todos somos configuradores de información, pero los patrones de configuración y los elementos de configuración provienen del exterior de los individuos comunes, suponen especialistas y áreas especializadas de la organización social.

Hay un gran mercado de información, es decir, una oferta de información especial puesta a la venta para cierto público consumidor demandante. Este es uno de los grandes fenómenos de la vida contemporánea. Por una parte, tenemos el espacio de lo cotidiano donde la información se configura a partir de pautas tradicionales y con elementos que aparecen en el día a día de nuestro entorno inmediato, y por otra está el espacio de oferta intencionada de datos para ser configurados según una guía macro social de interés económico, político o ideológico, como suele decirse en el medio académico. Somos la información que confi-

guramos y que nos configura. La pregunta es por ambos ámbitos, y es donde el poder vuelve a hacer su aparición con toda amplitud.

Saber y hacer son elementos de configuración de la vida social. En la estructura social se pueden identificar lugares muy interesados en nuestros hábitos de información, nuestra cultura específica en ese sentido, y con esta información de información tienen poder sobre los demás. La investigación sobre información social tiene un desarrollo extraordinario en las últimas dos décadas y la tendencia continúa. Mucho de lo que hacemos está guiado por el conocimiento en operación sobre nuestras formas culturales por parte de políticos, negociantes, ideólogos. Este es el punto central de la pregunta sociológica por la cultura de información en el seno de una sociedad de información. Conviene una configuración social centralizada y dominada a ciertos intereses que se benefician de ello. Pero resulta que todos somos cómplices, por ello vivimos en esa sociedad y cultura particulares. El asunto es identificar la tendencia configuradora de dicho estado de organización, al tiempo que se distinguen las alternativas que aparecen simultáneamente, así como establecer sus relaciones y posibilidades.

Cultura política, democracia y opinión pública

Democracia y derecho a la información

La formación de los ciudadanos

En el sistema social de la sociedad de información el flujo informativo tiene un sentido: va de la periferia al centro, de la parte baja de la pirámide a la punta. Todo lo que pueda garantizar este flujo es desarrollado para la mejor toma de decisiones en el lugar donde se concentra el poder. El sentido inverso tiene una peculiaridad, explicita las órdenes que los súbditos deben cumplir para que el sistema continúe. Su eficiencia es grande en tanto el acuerdo de mantener la distancia y discriminación entre gobernantes y súbditos se mantenga. Las teocracias y las monarquías vivieron en este sistema y hay ejemplos de una altísima funcionalidad.

Cuando aparece la sociedad de la comunicación la situación cambia. La democracia supone a ciudadanos participantes en el gobierno del sistema. No será una cúpula inamovible la que ordene sin respuesta crítica a sus decisiones. Ahora se trata de que muchos participen en el gobierno mediante ciertas normas y división de poderes. Para que esto suceda se requiere que los ciudadanos que legalmente pueden participar tengan la información que les permita opinar y proponer. En el momento en que

aparece la sociedad de comunicación se inauguran dos derechos complementarios: por una parte la libertad de expresión de los ciudadanos legalmente reconocidos como tales, y por otra el derecho a la información de esos mismos ciudadanos para tener los elementos para intervenir en los asuntos públicos.

Con estas nuevas condiciones de circulación de información los sistemas sociales de uno y otro tipo son muy diferentes. Ambos tienen un énfasis importante en la información sobre la vida social que permite su gobierno, pero el acceso y la toma de decisiones es muy distinta. La sociedad de información requiere súbditos bien entrenados para obedecer, y gobernantes bien adiestrados en las artes del dirigir y ordenar. La sociedad de la comunicación supone ciudadanos que participan en la misma información sobre su mundo, y que entonces tendrán que acordar entre sí lo que corresponda para su mantenimiento, defensa y desarrollo.

Es precisamente en este último punto donde está el centro de la diferencia. Los ciudadanos tendrán que aprender a dialogar. No sólo se trata de que adquieran las competencias que tenían los reyes sobre el procesamiento de información pública para la toma de decisiones sobre el buen gobierno, sino que además y sobre todo, tendrán que adquirir una competencia emergente: la de intercambiar puntos de vista y argumentos para comprender distintas e incluso encontradas posiciones, y decidir en diálogo lo más conveniente para el gobierno colectivo.

Como puede apreciarse, las situaciones son muy distintas y sorprende al presentarlas el que convivan y se confundan como sucede en nuestras sociedades concretas contemporáneas. Los sistemas sociales son distintos, las normas de procedimiento también, el tipo de actores sociales es muy contradictorio e incluso conflictivo, y con este mar de complicaciones llevamos algunos siglos en el periodo de transición de un tipo social al otro. Como puede apreciarse, es clave la calidad en la formación de los individuos: un súbdito no es semejante a un ciudadano. Pero lo interesante de nuestra vida social es que los tipos mixtos son más comunes que excepciones. La gran pregunta es cómo se están formando los actores sociales como tales en nuestro tiempo.

Opinión pública y sociedad civil

La comunidad del diálogo posible

Durante el siglo XX se ha venido desarrollando un concepto que proviene del siglo pasado: la opinión pública. La carga liberal de su contenido es evidente: enfatiza la libertad de expresión, pero también configura de

inmediato el estatus público de esa libertad, su competencia referida a los asuntos de interés colectivo, público. Imaginemos por un momento a enormes capas de la población sumidas en el silencio, una situación que correspondía a una doble condicionalidad: por una parte la actitud sumisa del que no tiene interés de hablar porque no le corresponde y no tiene nada que decir, y por otra la imposición forzada del silencio a aquellos que quisieran opinar pero no tienen derecho ni oportunidad de hacerlo. Las reglas de la sociedad de la comunicación cambian este estatus. Ahora todo ciudadano tiene derecho a opinar y a participar en los asuntos públicos, por tanto requiere información oportuna y adecuada, y mediante esa información meditar y expresar su pensamiento con toda libertad. Como puede apreciarse, los medios de información tienen aquí un papel capital.

El otro asunto se relaciona con la nueva relación entre gobernantes y gobernados. Ahora los gobernantes y los gobernados son ciudadanos en condiciones de semejanza e igualdad ante la ley, y por tal motivo tienen un vínculo distinto entre sí a diferencia de lo que ocurría en la sociedad de la información monárquica. Los ciudadanos gobernantes están en la obligación de atender a la opinión pública de los ciudadanos gobernados para mejor gobernar, y los ciudadanos gobernados están en el derecho y la obligación civil de opinar sobre los asuntos del gobierno para mejor resultado en la administración y la ejecución de éste. Así pues, la opinión pública es central en la vida democrática.

La sociedad civil es otro concepto heredado del siglo XIX que ha tenido un juego importante en los discursos sobre lo social en el presente siglo. Tiene dos rostros: uno político y otro económico. El primero configura su estatus frente a la sociedad política, es decir toda aquella parte de la sociedad especializada en el gobierno general y sus extensiones. El segundo se configura en su participación como agente económico fundamental para el desarrollo material del todo social. Este doble rostro está unido en una configuración no simple y que tiene diversas interpretaciones.

La relación gobernantes y gobernados de la sociedad de la información está montada en las primeras formas de la sociedad de la comunicación. Los gobernantes son pocos y su labor es especializada aunque controlada por los gobernados, por lo menos en teoría. Así las cosas, esos pocos configuran a la sociedad política, y los demás a la sociedad civil. Unos se dedican a gobernar, otros se dedican a hacer la vida social, la cual se define en el siglo XIX y el siglo XX como vida material, economía.

El asunto es complejo y apasionante. Sucede que la opinión pública corresponde entonces con la sociedad civil y por tanto está configurada con la vida económica, aunque su sentido sea político. Y este es el gran punto de la transición, la forma como la vida económica se identifica con la vida civil, y la forma como la parte política de la vida civil subordina el gobierno a la cuestión económica, puesto que ésta es el centro de la vida social.

Todo el diálogo que supone la sociedad de la comunicación en este momento de su desarrollo, el aquí figurado, tiene como condicionantes de forma y contenido a la cuestión económica. El mercado y sus configuraciones constituyen y sustituyen a la vida política del pasado. Y este es un asunto muy complejo.

México, política, historia y mundos posibles

El deseo de otra sociedad y la ignorancia de la propia

México es una configuración de sociedad de información y podría ser una sociedad de comunicación. Lo primero corresponde a una trayectoria histórica de varios siglos; lo segundo se perfila en el horizonte del espíritu de los tiempos como una aspiración. Es decir, México no es una sociedad de comunicación, no tiene la cultura necesaria para su configuración, pero puede moverse hacia ese estatus desde sus condiciones actuales de sociedad de información.

El punto aquí es la consideración de su situación actual y de sus futuros posibles. El deseo de otra sociedad requiere de dos condiciones en la acción: de una lectura de la actual y de energía social suficiente para impulsar el cambio. A veces las situaciones cambian en apariencia, en un entorno aislado del entorno mayor, ésto sucede así porque lo que se cambia es una parte y no el todo, y a veces se supone con este movimiento que el resto tenderá a modificarse por la fuerza del cambio en la parte. México es una configuración de diversidades unidas por ciertos poderes que no siempre pueden mover a la totalidad al mismo ritmo y velocidad. Haciendo el esfuerzo de concebir a toda la energía social implicada bajo el nombre de México, parece que la perspectiva más conveniente es la de la percepción de la complejidad. Pero aun así, se presenta la necesidad de una visión sintética para ensayar hipótesis de configuración y trayectoria.

Dentro de toda la complejidad reconocida hay una cualidad de la cultura política mexicana que la caracteriza como configurada en una sociedad de información: el autoritarismo. Cultura de dar y recibir órdenes

El asunto es complejo y apasionante. Sucede que la opinión pública corresponde entonces con la sociedad civil y por tanto está configurada con la vida económica, aunque su sentido sea político. Y este es el gran punto de la transición, la forma como la vida económica se identifica con la vida civil, y la forma como la parte política de la vida civil subordina el gobierno a la cuestión económica, puesto que ésta es el centro de la vida social.

Todo el diálogo que supone la sociedad de la comunicación en este momento de su desarrollo, el aquí figurado, tiene como condicionantes de forma y contenido a la cuestión económica. El mercado y sus configuraciones constituyen y sustituyen a la vida política del pasado. Y este es un asunto muy complejo.

México, política, historia y mundos posibles

El deseo de otra sociedad y la ignorancia de la propia

México es una configuración de sociedad de información y podría ser una sociedad de comunicación. Lo primero corresponde a una trayectoria histórica de varios siglos; lo segundo se perfila en el horizonte del espíritu de los tiempos como una aspiración. Es decir, México no es una sociedad de comunicación, no tiene la cultura necesaria para su configuración, pero puede moverse hacia ese estatus desde sus condiciones actuales de sociedad de información.

El punto aquí es la consideración de su situación actual y de sus futuros posibles. El deseo de otra sociedad requiere de dos condiciones en la acción: de una lectura de la actual y de energía social suficiente para impulsar el cambio. A veces las situaciones cambian en apariencia, en un entorno aislado del entorno mayor, ésto sucede así porque lo que se cambia es una parte y no el todo, y a veces se supone con este movimiento que el resto tenderá a modificarse por la fuerza del cambio en la parte. México es una configuración de diversidades unidas por ciertos poderes que no siempre pueden mover a la totalidad al mismo ritmo y velocidad. Haciendo el esfuerzo de concebir a toda la energía social implicada bajo el nombre de México, parece que la perspectiva más conveniente es la de la percepción de la complejidad. Pero aun así, se presenta la necesidad de una visión sintética para ensayar hipótesis de configuración y trayectoria.

Dentro de toda la complejidad reconocida hay una cualidad de la cultura política mexicana que la caracteriza como configurada en una sociedad de información: el autoritarismo. Cultura de dar y recibir órdenes

frente a una ausencia marcada de diálogo y comunicación. Lo que sucede es que la pirámide del poder no es lo compacta que la forma social requiere: hay trampas, voluntades alternas que hacen su juego dentro de una aparente legalidad y moralidad vigentes. Al dislocarse los vectores de dirección de autoridad convergentes desde lo micro hasta lo macro, empieza a aparecer un desgaste energético en el ajuste cotidiano de lo que debe ser y lo que es. La norma es que el ajuste se hace por engaño del súbdito o por represión del amo. El asunto es que los súbditos no están muy a gusto con serlo del todo, y los amos no tienen la claridad de conducir el movimiento social sobre el orden de la autoridad vertical sin oposición.

Es decir, tenemos las formas sociales del autoritarismo pero el sentido de su aprobación general no corresponde con toda intensidad. Ahí se manifiestan las grietas de la sociedad de información. Esto no sucede en forma homogénea en el país; hay regiones culturales con un autoritarismo hegemónico y generalizado y hay otras donde la situación es menos cerrada.

Cualquiera que sea la situación el sentido de la vivencia cotidiana marca la gran diferencia: para unos las situaciones son intolerables, para otros las cosas están bien. Unos y otros se relacionan desde distintos lugares de la estructura del poder; la falta de cohesión implica choques, conflictos, luchas. Y en este contexto no especificado se desarrolla la vida social contemporánea de México.

El punto clave es la pregunta por la percepción del mundo social por los distintos actores, y en particular por su aceptación o no de estructuras jerarquizadoras autoritarias frente a las posibles estructuras democráticas alternativas.

De la política, la economía, el autoritarismo necesario y la libertad de mercado suficiente

Ante la situación actual de la sociedad mexicana como sociedad de información con una pobre cultura de comunicación y una peculiar cultura de información, en política aparecen dos grandes escenarios posibles. Por una parte, la imposibilidad de una sociedad de comunicación y por tanto nuevos tipos de configuración de sociedades autoritarias. Por otra, la posibilidad de un tránsito a la democracia aun dentro de una cultura autoritaria generalizada. Ambas opciones tienen sus rangos de probabilidad, y en política está el elemento de la acción y de la voluntad que lo-

gra configuraciones de energía social imprevisibles del todo. Es decir, muchas situaciones pueden acontecer.

La sociedad de información vigente en México tiene sus antecedentes más claros y cercanos en la monarquía colonial y en el tránsito de la paz porfiriana a la paz del PRI. La configuración de lo político es evidente en ambos casos, y aún hace falta enfatizar que las culturas políticas de esos tiempos correspondían con las culturas de información de la vida social y cotidiana. En apariencia la época del PRI pasa por un momento de transición de un régimen de partido único a un régimen de partidos. Esta situación apunta hacia una nueva configuración político-social donde la pluralidad democrática puede instaurar una nueva vida civil para el futuro. Pero la situación no es tan inmediata. La cultura seguirá siendo autoritaria aún por mucho tiempo, lo cual puede terminar venciendo la aparente apertura del régimen de partidos. Por otra parte, la sociedad de información puede acomodarse a esta apertura sin modificar lo general, y por otra los aparatos democráticos no lograrán serlo sin un apoyo cultural.

El otro aspecto del mundo social dominante es el mundo del mercado, de las relaciones económicas. Aquí la situación es aún más clara en favor de la sociedad de información, pero la enorme diferencia es la pluralidad de agentes ante el monopolio político por parte del PRI durante la mayor parte del siglo. De ahí que es posible imaginar una sociedad de la información sin monopolio absoluto del poder político, pero con monopolio compartido por algunos agentes políticos. Bueno, en el caso de la economía la situación es peculiar y ejemplar. Algunos grandes corporativos tienen bajo su dominio la mayor parte del mercado, pero la diversidad de oferta es manifiesta. La economía está abierta a la libre oferta, depende de la capacidad de los agentes su posibilidad de cubrir pequeñas o grandes áreas del mercado. La apariencia total es de libertad, pero eso sucede sobre todo en la oferta, pero en la demanda la situación es muy distinta, están a merced de la publicidad, de los medios de difusión y de las agencias de investigación de mercado. Una libertad peculiar, una democracia de mercado también peculiar.

Como se puede observar, estamos ante un movimiento de una configuración de sociedad de información a otra. Las posibilidades aun así no están del todo cerradas. Por una parte la liberación de los monopolios absolutos es un paso hacia la pluralidad, lo cual podría condicionar posibles transiciones hacia la sociedad de la comunicación. Y por otra parte las configuraciones posibles de la sociedad de la información pueden concertar formas sociales más coherentes y sólidas. Es decir, el asunto de la eficiencia en la organización social puede hacer que nuestras for-

mas actuales mejoren, se perfeccionen. Del otro lado están las aspiraciones éticas y estéticas de mundos posibles alternativos aunque poco probables.

Mundos posibles

*Cultura oral y cultura informática
frente a discursos, deseos y acciones*

La cultura de información del país connota una sociedad autoritaria. Pero esto no quiere decir que la gente se sienta mal o viva con una sensación de opresión constante que le impulse a un comportamiento libertario. No, no es el caso. Más bien lo que sucede es algo duro de asimilar por una mente crítica con prisas de cambio. La complicidad es de todos, nos movemos bastante seguros en una ecología predecible de órdenes y obediencias, de normas y engaños de vigilancias y mentiras; finalmente sabemos quién es el que manda y cuándo le obedecemos y cuándo no; el que tiene el poder carga con la responsabilidad de mantener el orden, nosotros nos adaptamos y la vida sigue. Una configuración así no cambia con facilidad ni de un día a otro.

Lo que tenemos por frente es una estructuración cultural que presiona a la relación dominación—subordinación en muy diversas formas. Las posibles relaciones de igual, de diálogo y concertación de los diferentes pero iguales ante el acuerdo de comunicación; eso es costoso y difícil: alguien termina cediendo y alguien termina imponiendo su voluntad. Imaginar algo diferente es también complicado a partir de estas condiciones.

Pero el mundo se mueve, no deja de moverse y lo que hoy parece inamovible mañana incluso puede ser algo en el olvido. El asunto tiene otros puntos de vista. México es una configuración cultural que ha transitado de la oralidad a los medios electrónicos de difusión, del analfabetismo total o funcional a los televidentes y radioescuchas. Lo único que hace falta para ponerse en contacto con los flujos de información masivos es compartir la lengua de los medios, la cual corresponde a la lengua dominante.

La cultura oral es restringida, se conforma a patrones de control y dominación locales, domésticos, regionales. La cultura de medios audiovisuales tiende a abrir a la cultura oral: la conecta con una exterioridad diversa y externa. De este contacto depende la cultura de comunicación del presente y del futuro. La gente aprende a asimilar lo distinto sin su presencia personal, lo hace a través de la mediación de la televisión y

de la radio, así como en otros pequeños sectores por la terminal de computadora y el teléfono. El tiempo social de la televisión sigue aumentando: tenemos ya a dos generaciones formadas bajo su configuración, aún no sabemos que significa, lo que sí aparece es una diferencia sustantiva en la percepción de lo propio y lo extraño: lo difundido por los medios tiende a ser propio y la comunidad de sentido se amplía tanto como el ámbito de acción de la televisión y de la radio.

Las posibilidades de unir en las diferencias puede partir de esta comunidad de mundo en que participa el telespectador y el radioescucha. La cultura oral no es democrática, la cultura de los medios tampoco, pero una cierra en lo interno y la otra integra a un exterior que interioriza lo distinto y lo distante. La democracia puede deberle más de lo que piensa a los medios, a pesar de su autoritarismo mercantilista y propagandístico.

En comunicación todo empieza siempre nombrando a los medios de difusión colectiva; llevamos décadas refiriéndonos a ellos siempre que deseamos constituir nuestra identidad de campo de conocimiento como comunicólogos. Pues según parece, la insistencia no es vacía, lo que nos ha faltado es profundidad analítica y densidad reflexiva. Después de todo, la cosa parece sencilla: en efecto, los medios traen consigo otra cultura, un movimiento hacia mundos que aún hoy no percibimos con claridad.

Notas y referencias bibliográficas

- Aguilar Camín, Héctor (1982). *Saldos de la revolución. Cultura y política de México 1910-1980*. Editorial Nueva Imagen, México.
- Anverre, Ari et al. *Industrias culturales: el futuro de la cultura en juego*. F.C.E. y UNESCO, México.
- Alonso, Jorge (1976). *El Estado mexicano*. CIESAS—Nueva Imagen, México.
- Batallon, Claude (1988). *Las regiones geográficas en México*. Siglo XXI, México.
- Balandier, George (1990). *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*. Gedisa, Barcelona.
- Bohm, David (1988) *La totalidad y el orden implicado*. Kairós, Barcelona.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1987). *México profundo. Una civilización negada*. CIESAS—SEP, México.
- Bravo Ugarte, José (1968). *Compendio de historia de México*, JUS, México.
- Bruner, Jerome (1988). *Realidad mental y mundos posibles*. Gedisa, Barcelona.
- Cantú Sánchez, Arturo (director) (1982). *Necesidades esenciales en México, situación actual y perspectiva al año 2000* (cinco tomos). Coplamar y Siglo XXI editores, México.
- Cazeneuve, Jean (1978). *La sociedad de la ubicuidad*. Gustavo Gilli, Barcelona.
- Cardoso, Ciro (coordinador) (1984). *México en el siglo XIX*. Nueva Imagen, México.
- Cosío Villegas, Daniel (coordinador) (1981). *Historia general de México* (dos tomos). El Colegio de México, México.
- (1975) *El sistema político mexicano*. Joaquín Mortiz, México.
- Cot, Jean Pierre y Mounier, Jean Pierre (1978). *Sociología política*. Blume, Barcelona.
- Cottebet, Jean Marie (1977). *La comunicación política*. El Ateneo, Buenos Aires.
- Curran, James et al. (1981). *Sociedad y comunicación de masas*. F.C.E., México.
- Deutsch, Karl W. (1971). *Los nervios del gobierno*. Paidós, Buenos Aires.
- Dowse, Robert E. y Hueghes, John A. (1979). *Sociología política*. Alianza Editorial, Madrid.
- Eco, Umberto (1978). *Tratado de semiótica general*. Nueva Imagen—Lemus, México.
- Florescano, Enrique (1988). *Memoria mexicana*. Joaquín Mortiz, México.
- Frost, Elsa Cecilia (1990). *Las categorías de la cultura mexicana*. UNAM, México.
- Fuentes, Carlos (1972). *Tiempo mexicano*. Joaquín Mortiz, México.
- Fuentes Navarro, Raúl (1988). *La investigación de comunicación en México*. Ediciones de Comunicación S. A. México.

- Gadamer, Hans-Geörg (1993). *El problema de la conciencia histórica*. Tecnos, Madrid.
- Galindo Cáceres, Jesús (1994). *Cultura mexicana en los ochenta*. Universidad de Colima, Colima.
- González Casanova, Pablo (1980). *La democracia en México*. Era, México.
- y Aguilar Camín, Héctor (coordinadores) (1985). *México ante la crisis* (dos tomos). Siglo XXI, México
- González Navarro, Moisés (1985). *La pobreza en México*. El Colegio de México, México.
- Habermas, Jürgen (1987). *Teoría de la acción comunicativa I y II*. Taurus, Madrid.
- Klapper, J. T. (1974). *Efectos de las comunicaciones de masas*. Aguilar, Madrid.
- Lameiras, José y Galindo Cáceres, Jesús (eds). (1994). *Medios y mediaciones. Los cambiantes sentidos de la dominación en México*. Colegio de Michoacán—ITESO, Guadalajara.
- Lamo de espinoza, Emilio (1990). *La sociedad reflexiva*. Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI España, Madrid.
- Lewis, Oscar (1972). *La cultura de la pobreza*. Cuadernos de Anagrama, Barcelona.
- Luhmann, Niklas (1991). *Sistemas sociales*. Universidad Iberoamericana—Alianza, México.
- Lytard, Jean-François (1987). *La condición postmoderna*. Cátedra, Madrid.
- McBride, Sean (1980). *Un solo mundo, voces múltiples*. F.C.E.—UNESCO, México.
- Martín Serrano, Manuel et al. (1982). *Teoría de la comunicación*. A. Corazón, Madrid.
- Navarro, Pablo (1994). *El holograma social*. Siglo XXI España, Madrid.
- Nicolis, Grégoris y Prigogine, Ilya (1994). *La estructura de lo complejo*. Alianza Universidad, Madrid.
- Pacey, Arnold (1990). *La cultura de la tecnología*. F.C.E, México.
- Paz, Octavio (1983). *El ogro filantrópico*. Seix Barral, Barcelona.
- Pico, Josep (compilador) (1988). *Modernidad y postmodernidad*. Alianza, Madrid.
- Popper, Karl R. (1991). *Conjeturas y refutaciones*. Paidós, Barcelona.
- Rogers, Everett y Shoemaker, F. Floyd (1974). *La comunicación de innovaciones*. Herrero Hermanos, México
- Rubio Carracedo, José (1990). *Paradigmas de la política*. Anthropos, Barcelona.
- Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas (1977). *Las estructuras del mundo de la vida*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Sheldrake, Rupert (1990). *La presencia del pasado*. Kairós, Barcelona.
- Thom, René (1987). *Estabilidad estructural y morfogénesis*. Gedisa, Barcelona.
- Tonies, Ferdinand (1979). *Comunidad y asociación*. Península, Barcelona.
- Uriz Peman, María Jesús (1993). *Personalidad, socialización y comunicación*. Libertarias Prodhufi, Madrid.

- Varela, Francisco J. (1990). *Conocer*. Gedisa, Barcelona.
- Voneeyme, Klaus (1994). *Teoría política del siglo XX*. Alianza Universidad, Madrid.
- Wagensberg, Jorge (1994). *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Tusquets, Barcelona.
- Wiener, Norbert (1989). *Cibernética*. Tusquets, Barcelona.
- Wilber, K. et al. (1992). *El paradigma holográfico*. Kairós, Barcelona.